

Revisión crítica del escepticismo: la fuerza de los argumentos escépticos

Manuel Bermúdez Vázquez*

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Resumen:

El escepticismo no es una escuela, es un movimiento, una corriente de pensamiento con dos características principales: la búsqueda constante y la crítica a cualquier pretensión cognoscitiva. Esta peculiaridad ha permitido que el escepticismo sobreviva a los veinticinco siglos de historia de la filosofía. Así, a cada tipo de conocimiento se le opone un tipo de escepticismo. Entre los puntos fuertes de este movimiento se encuentra la fundamentación ontológica del conocimiento, el hecho de que la realidad se halle oculta por las palabras y la inevitable inaprehensibilidad de esta realidad.

Palabras clave:

escepticismo, gnoseología, filosofía contemporánea.

Critic revision of skepticism: the strength of skeptical arguments

Abstract:

Skepticism is not a school, is a movement, a current of thought with two basic characteristics: the constant search and the critic to any epistemological claim. This peculiarity has allowed that skepticism survives the twenty-five centuries of history of philosophy. Thus, we have a type of skepticism for each type of knowledge. Between the strongpoints of this movement is the necessary link between the knowledge and the inner being of things, the fact that the reality is behind the words and, therefore, hidden, and the unavoidable characteristic that we can't get knowledge of this reality.

Keywords:

Skepticism, epistemology, contemporary philosophy.

El escepticismo no es, probablemente, ni ha sido nunca una corriente de pensamiento ortodoxa en el sentido estricto del término. Escepticismos hay y ha habido varios, cuyas únicas características en común han sido la falta de confianza en la razón para que pueda aproximarse con certeza a la realidad y la gran perseverancia en su resistencia a extinguirse. El escepticismo ha presentado siempre un gran arsenal técnico que le permite ofrecerse

como la herramienta idónea para deshacerse prácticamente de cualquier postura filosófica o intelectual rival. El escepticismo estuvo presente en los pensadores presocráticos¹, en la Academia platónica², en Sexto Empírico³, en Enesidemo⁴, de una forma latente pero viva en la Edad Media a través de autores como Nicolás de Autrecourt⁵ o, quizá, como Guillermo de Ockham⁶: reapareció en el Renacimiento con gran brío en

Recibido: 15-V-2009. Aceptado: 23-VI-2009.

* Doctor en Filosofía.

¹ Véase, por ejemplo, R. ROMÁN, *El escepticismo antiguo: posibilidad de conocimiento y búsqueda de la felicidad*, Córdoba, 1994; también el clásico V. BROCHARD, *Los escépticos griegos*, Buenos Aires, 1945.

² Véase R. ROMÁN, *El enigma de la Academia de Platón*, Córdoba, 2007; también L. CREDARO, *Lo scetticismo degli accademici*, Roma, 1887; también el excelente artículo de P. DONINI, «Lo scetticismo academico, Aristotele e l'unità de la tradizione platónica secondo Plutarco», recogido en G. CAMBIANO, *Storiografia e dossografia nella filosofia antica*, 1986, pp. 203-226; y R. ROMÁN, «The scepticism of the New Academy: a weak form of Platonism», en *Philosophical Inquiry*, vol. XXV, (2003), pp. 200-205.

³ Uno de los mejores trabajos sobre el escepticismo sextiano es el de L. FLORIDI, *Sextus Empiricus: the transmission and recovery of Pyrrhonism*, Oxford, 2002.

⁴ R. ROMÁN, «Enesidemo: la recuperación de la tradición escéptica griega», *Anales del seminario de historia de la filosofía*, extra (1996), pp. 79-96.

⁵ J. R. WEINBERG, *Nicolaus of Autrecourt. A study in the 14th Century thought*, Nueva York, 1969. También M. BEUCHOT, «Escepticismo en la Edad Media: el caso de Nicolás de Autrecourt», *Revista latinoamericana de filosofía*, (1989), pp. 307-319.

⁶ M. MCCORD ADAMS, *William Ockham*, Universidad de Notre Dame, 1989, vol. I.

Gianfrancesco Pico⁷, Francisco Sánchez⁸, Michel de Montaigne⁹; fue utilizado como herramienta metódica por Descartes¹⁰, tuvo relevancia capital en la filosofía de Hume¹¹, aparece en los *Prolegómenos* kantianos¹², tiene una veta no investigada en Nietzsche¹³, hace su paseo a lo largo del siglo veinte ocupando a autores como Wittgenstein¹⁴, o también los empiristas lógicos que continuaron, en cierta medida, la tradición escéptica al oponerse a conceder el menor significado cognoscitivo a cualquier aserto que no fuera el resultado puro y simple de un hecho experimentado, etcétera, etcétera. Podemos concluir, pues, que el escepticismo es la única corriente de pensamiento que parece haber sobrevivido a los veinticinco siglos de historia de la filosofía y ello quizá, debido a la naturaleza intrínsecamente humana de la duda. Sin embargo, lo que nos ha llevado a redactar estas líneas no ha sido la evolución más o menos exitosa de la corriente de la duda a lo largo de los siglos, sino la situación presente del escepticismo como corriente del pensamiento en el siglo XXI.

El escepticismo contemporáneo ha superado la clasificación tradicional y, en la actualidad, se enfrenta a nuevos desafíos¹⁵. Podríamos decir que hay tantos tipos de escepticismo como tipos de conocimiento y cada uno de ellos tendrá que enfrentarse a un tipo diverso de la corriente de la duda. Entre los tipos de conocimiento podrían estar, a saber: 1) Conocimiento de los hechos relacionados con la información descriptiva sobre contenidos de la naturaleza y sus modos de operar (incluyendo específicamente al ser humano y sus trabajos). 2) Conocimiento formal relacionado con la estructura de las relaciones de conceptos y las operaciones de sistemas simbólicos (matemáticas puras, lógica formal, lingüística formal, etc.). 3) Conocimiento normativo relacionado con cuestiones de evaluación como virtud, bien, belleza, conveniencia, etc. 4) Conocimiento teológico relacionado con la existencia y la naturaleza de dios, sus relaciones con el mundo y el ser humano, la creación, la teleología en la naturaleza, etc.

Esta clasificación que presentamos no es, evidentemente, la única ni, quizá, la más válida. Con estos

cuatro tipos simplemente tratamos de ofrecer un ejemplo de la variedad de paradigmas de conocimiento que puede haber y, a cada uno de ellos, se le opondrá un tipo de escepticismo, ya que esta corriente de pensamiento se ha mostrado altamente eficaz a la hora de evolucionar¹⁶ y enfrentarse a los nuevos sistemas de conocimiento.

Así pues, podemos indicar que no sólo hay un tipo general de escepticismo, el que tomaría todo el conocimiento para hacerlo caer en el ámbito de su teoría y su ataque, sino que también existe una amplia variedad de escepticismos que podríamos llamar especializados o temáticos. Ejemplos de estos escepticismos especializados serían el escepticismo religioso que cuestiona o niega la veracidad de las doctrinas teológicas; el escepticismo ético que cuestiona el carácter razonable de las normas morales; el escepticismo matemático que cuestiona la validez de los principios matemáticos, etc. Sin embargo, nuestra ocupación aquí va a centrarse, exclusivamente, en el que vamos a llamar escepticismo cognitivo de orientación factual —un tipo de escepticismo que cuestiona o niega la posibilidad de que el hombre posea la capacidad de lograr conocimiento o una convicción racionalmente garantizada respecto a los asuntos que conforman la realidad. Este tipo de escepticismo del que nos ocupamos cuestiona, duda o niega la capacidad del ser humano de obtener información de los hechos sobre el «mundo real», un tipo de escepticismo orientado específicamente hacia lo que Hume caracterizó como «cuestiones de hechos»¹⁷. A diferencia de los otros tipos de escepticismo, como el ético o el religioso, esta forma histórica de la corriente de la duda se declara agnóstica específicamente con todo lo relacionado con la capacidad del ser humano para conseguir tener un conocimiento seguro sobre el mundo que le rodea.

La clave fundamental de este tipo de escepticismo sería que no mantiene que lo que habitualmente pensamos que sabemos sobre el mundo es falso, sino que nuestras reclamaciones de conocimiento en este ámbito no están garantizadas, nos falta la debida justificación para poder hacerlas con seguridad. El escepticismo que llamamos cognitivo considera que la base evidente que se invoca

⁷ Ch. B. SCHMITT, *Gianfrancesco Pico della Mirandola and his critique of Aristotle*, La Haya, 1967.

⁸ M. BERMÚDEZ, *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento como propédeutica de la filosofía de Francisco Sánchez*, Madrid, 2006.

⁹ F. BRAHAMI, *Le scepticisme de Montaigne*, Paris, 1997 y también M. BERMÚDEZ, *Michel de Montaigne, la culminación del escepticismo en el Renacimiento*, Córdoba, 2007.

¹⁰ E. M. CURLEY, *Descartes against the skeptics*, Harvard University Press, 1978.

¹¹ B. VESTRE, *Hume and scepticism*, Oslo, 1975.

¹² B. STROUD, «Kant and scepticism», *The skeptical tradition*, 1983, pp. 435-450.

¹³ Sobre este punto la bibliografía es realmente escasa, véase R. BETT, «Nietzsche on the Skeptics and Nietzsche as Skeptic», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 82, 2000, pp. 62-86.

¹⁴ Julián MARRADES MILLET, «Los límites del escepticismo. Wittgenstein y la refutación del cartesianismo», *Pensamiento*, (1989), 45, pp. 183-205.

¹⁵ Frente a la clasificación moderna que vamos a ver seguidamente tendríamos la antigua y tradicional, válida, probablemente, hasta el siglo XVI y que recogería la existencia de un escepticismo pirrónico, originado en la figura de Pirrón de Elis y en la antigua tradición presocrática de la duda y otro escepticismo cuyo origen se hallaría en la Academia platónica y que heredó de ella el nombre, sería el escepticismo académico. La diferencia fundamental entre ambos sería que éste marca la imposibilidad de aprehender la realidad o de conocer la verdad, mientras que aquél propondría la búsqueda constante y la suspensión de juicio alejándose de negaciones o afirmaciones dogmáticas como las que hacían los académicos.

¹⁶ Esta característica de cambio protico sólo puede estar presente en un sistema como el escéptico ya que su arsenal argumentativo le ha permitido enfrentarse a todas las ideas dogmáticas y la mayoría de los filósofos importantes ha utilizado, antes o después, en su obra, algún elemento proveniente de la corriente de la duda para acabar con alguna posición rival.

¹⁷ Véase D. HUME, *An enquiry concerning human understanding*, Harvard Classics, 1910, sección IV, parte I.

normalmente para sostener esas pretensiones de conocimiento factual se muestra probadamente insuficiente. El escéptico explotaría el hecho de que existe un círculo vicioso de preguntas y respuestas en el terreno de la búsqueda de certezas. Habida cuenta de la regresión hacia el infinito que supone todo círculo vicioso, el escéptico insiste en que no podemos saber nada porque el conocimiento debe ser completamente seguro y cierto —seguro contra cada cuestión que se le haga— mientras que las lista de preguntas potenciales es siempre infinita¹⁸. Esta tesis es la de que sea lo que sea lo que aceptemos como conocido y verdadero, siempre debe apoyarse en alguna afirmación última que será defectuosa en lo referente a su garantía racional¹⁹.

Surge aquí la necesidad de explicar un concepto de nuevo cuño cuya clarificación permitirá analizar la cuestión con mayor precisión, este concepto es el de afirmaciones informativas: las llamamos afirmaciones porque son aseveraciones que tratan de declarar que alguna condición tiene lugar, es o existe; informativas porque tratan de ser demostradas por una información factual y/o verificable, tal como una estadística, un ejemplo específico o un testimonio personal. Muchas de las afirmaciones informativas no ofrecen información interesante porque es fácilmente verificable a través de los sentidos²⁰. Un ejemplo sería: «Está lloviendo». Otro tipo podría ser de un origen tan familiar o procedente de nuestra experiencia que no lo cuestionamos, como: «Me gusta el chocolate». Sin embargo, en la vida cotidiana podemos encontrar afirmaciones informativas que no han sido verificadas. Por ejemplo: «Muchos estudiantes no leen libros». Después de escuchar esta oración se espera del emisor que nos ofrezca datos, pruebas que sostengan dicha afirmación, ya que no hemos podido comprobar de primera mano la veracidad de esta aseveración. La mayoría de las afirmaciones informativas se apoyan en una combinación de evidencias y razonamientos. Por ejemplo: «Mi coche no arranca pero no es de la batería porque las luces funcionan». Aquí se hallan intercalados tanto la experiencia como el razonamiento²¹. Con estos ejemplos ha podido quedar más claro el concepto que se halla detrás del término «afirmaciones informativas».

El escepticismo se ha preocupado muy pocas veces de refutar las afirmaciones informativas que son estrictamente subjetivas, en el sentido de que éstas se hallan completamente inmersas en el lenguaje de las impresiones y las apariencias²². El verdadero campo de batalla, la cuestión clave de todo el debate epistemológico que plantea la corriente de la duda, está en la validez de las afirmaciones informativas respecto a las circunstancias objetivas del «mundo real», éstas son las que el escepticismo trata de poner en su diana. El verdadero *quid* de la cuestión en este asunto es la veracidad y fiabilidad de los procesos corrientes de adquisición del conocimiento tales como los sentidos, la memoria y la investigación inductiva de la ciencia y de la vida cotidiana²³.

Tradicionalmente, en los discursos del escepticismo, siempre había un oponente a la postura de la duda, un interlocutor que mantenía que el conocimiento empírico podía ser accesible, posible y verídico. Habitualmente el escéptico caracterizaba a este oponente con la palabra «dogmático». Sin embargo, el uso de este término, peyorativo por lo demás en el discurso escéptico, probablemente deforma y distorsiona la cuestión. En puridad, un dogmático no es simplemente alguien que afirma que conoce algo, sino alguien que cierra su mente sobre el asunto, alguien que rehúsa considerar o contemplar siquiera alguna objeción y que no atiende a las dificultades que sus afirmaciones puedan presentar. Así pues, con objeto de terminar con el uso presente de este término, cuyo carácter peyorativo comienza a extenderse a otras áreas de discursos filosóficos e, incluso, a otras áreas de las relaciones humanas, presentamos la posibilidad de adoptar el término «cognitivista» para designar al oponente del escéptico. El cognitivista cruza el umbral del dogmatismo sólo si mantiene que, una vez hecha la afirmación de conocimiento, cierra el asunto y toma la postura de que bajo ninguna circunstancia o condición se va a retractar de semejante afirmación. La posición que tratamos de desarrollar en estas páginas no toma en consideración esta postura dogmática. Nuestra exposición plantea la existencia de una teoría, falible por otra parte, de conocimiento factual que reconoce que, en principio, una afirmación perfectamente válida de conocimiento podría ser retirada a la luz de lo que vamos a

¹⁸ El tropo del *dialello* o la regresión al infinito. Sobre los tropos escépticos véase G. STRIKER, «The ten tropes of Aenesidemus», *The skeptical tradition*, Los Ángeles, 1983, pp. 95-115, véase también M. BERMÚDEZ, *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento*, pp. 100-101, n. 161.

¹⁹ En otras palabras, es el viejo tropo escéptico del criterio puesto al día. Éste se halla en SEXTO EMPÍRICO, *Hipótesis pirrónicas*, II, 19-20 y también en I, 114-116.

²⁰ En esta descripción de tipos de afirmaciones informativas no vamos a detenernos a plantear las cuestiones escépticas que pueden afectarles, pues el propósito es el de clarificar el sentido de este término. Así pues, en este ejemplo, nos abstendremos de presentar la objeción escéptica a la certeza que la frase «está lloviendo» puede contener.

²¹ Una de las clarificaciones que es oportuno realizar aquí sería la de la diferencia entre hechos e inferencias. Un hecho es una afirmación que puede ser verificada, demostrada. Una inferencia es una afirmación sobre algo desconocido hecha sobre una base de algo conocido. Un lector crítico y analítico debe comprender la diferencia claramente ya que, a menudo, las inferencias se construyen sobre hechos y, de aquí, que pasemos a considerarlas como hechos cuando no han dejado de ser inferencias. Sin embargo, las inferencias no son nunca hechos, son interpretaciones de los hechos.

²² La frase del escéptico sería más o menos así: «Yo actúo como si realmente viera el árbol a lo lejos». De hecho, lo que aparece, el fenómeno, será convertido por Sexto Empírico en el criterio práctico del escepticismo. Anteriormente, el concepto de fenómeno había tenido más un valor descriptivo que epistemológico. El fenómeno habría pertenecido a la vida cotidiana de las personas hasta ir orientándose paulatinamente hacia el conocimiento. Sobre esta evolución del concepto véase R. ROMÁN, *El escepticismo antiguo*, pp. 220-222. En el ejemplo que ofrecemos, el árbol sería lo que aparece.

²³ Es esa forma de extraer reglas generales de las pequeñas experiencias u observaciones la que tiene que ser atacada y puesta en duda por el escepticismo principalmente.

llamar «desarrollos imprevistos» de la misma. El hecho de tomar en consideración esta postura filosófica enfrentada al escepticismo está justificado por cuanto parece ser la única capaz de enfrentarse con relativas posibilidades de éxito a las terribles dudas del arsenal escéptico. Analizada la posición del cognitivista, la de mayores posibilidades de éxito, habremos analizado al principal oponente del escepticismo contemporáneo.

Las discusiones más recientes sobre el escepticismo han tendido a concentrarse, de forma prácticamente exclusiva, en el asunto de la disponibilidad del conocimiento, sin embargo, desde una perspectiva histórica, la corriente de la duda se ha preocupado también sobre la aceptación del conocimiento y la creencia u opinión. Las cuestiones fundamentales expresadas no han sido simplemente: «¿Sabemos con seguridad algo?», sino que se han movido hacia una posición más radical de alguien que pregunta: «¿Realmente disponemos de un terreno que apoye lo que presentamos como aceptable?»; «¿Están nuestras creencias realmente justificadas?». Como es fácil de ver, ambas cuestiones disponen del adverbio «realmente» en su significado más literal por cuestiones obvias referidas al asunto de la realidad. Enfocar toda la cuestión de la epistemología exclusivamente sobre la teoría del conocimiento, — conocimiento en cuanto *episteme*—, es cometer una gran injusticia a esta empresa tan compleja y diversa²⁴.

El ámbito de acción que queda marcado por la diferencia de estas preguntas arriba expuestas da una muestra de que las posiciones escépticas pueden diferir no sólo en su alcance (que abarcaría desde un agnosticismo radical y total en la doctrina de que nada en absoluto puede ser conocido, a la doctrina de que nada puede ser conocido en algunos dominios particulares y limitados), sino también, y quizá más importante, estas posiciones escépticas pueden diferir en el grado de su intensidad — oscilando entre la insistencia más estrecha de la inaprehensibilidad del conocimiento como tal, hasta la más audaz y abarcadora de la inaprehensibilidad de la creencia razonable. La posición escéptica podría mitigar en cierta medida el impacto de su postura mediante la utilización de expresiones como «aceptar las afirmaciones sobre el mundo y su realidad, llamándolas opiniones justificadas o creencias razonables (como los conceptos de la academia escéptica: *pithanon* o *eulogon*²⁵), pero nunca tratar de reivindicar que estas afirmaciones sean conocimiento real (*episteme*)».

El tipo de escepticismo más extendido hoy en día es el que mantiene la inaprehensibilidad del conocimiento en el ámbito de los hechos empíricos — incluso a pesar de que este mismo tipo de escepticismo se muestre dispuesto

a conceder la posibilidad de algo más débil, como una aceptación razonable o una creencia plausible. Hay cuestiones, no muy evidentes, que dificultan las capacidades cognitivas del hombre en su aspecto más absoluto, ello nos conduce, invariablemente, a que la inexistencia de la posibilidad de conocer completamente algo nos aleje de la realidad y nos aproxime a las posturas escépticas. Por ejemplo: no sólo el sujeto tiene su propio modo de conocer, sino que también el objeto tiene forma de conocer y de ser conocido. Existe, además, una fundamentación ontológica del conocimiento: hay una realidad que son los seres, pero el conocimiento que de ellos se tiene los determina y es, por ello, parte del ser. Conocemos las cosas en función de cómo somos y también de cómo conocemos, no en función de cómo es la cosa, de manera que nuestras limitaciones sensibles e intelectuales marcan las limitaciones de lo que podemos conocer de la realidad, siendo nuestra aprehensión de ésta parcial y limitada, coincidiendo así, con la declaración escéptica de la inaprehensibilidad intelectual de la realidad. También hay otro obstáculo, el lenguaje. La verdad se halla oculta detrás de las palabras. La verdad sin el velo de los conceptos, de las palabras, la verdad como *alétheia*, no es más que una entelequia en su sentido irónico, o sea, una cosa irreal. El propio lenguaje se torna limitado para explicar lo que el sujeto conoce, de ahí que se declare como inefable una parte del conocimiento, lo que es lo mismo que declarar el acierto de las posturas escépticas. Así pues, podemos concluir que no hay acceso cognoscitivo a la realidad y ésta es la tesis fundamental del escepticismo.

Uno de los puntos fuertes del escepticismo contemporáneo será, precisamente, la falta de legitimación epistemológica para aceptar como garantía del conocimiento las referencias habituales de la experiencia de la vida cotidiana y su sistematización en la ciencia natural. Entre las cuestiones argüidas para debilitar la posibilidad del conocimiento se hallan estas tres como las más conspicuas: 1) El ser humano, en su naturaleza más profunda, se halla rodeado de unas circunstancias tales que resulta imposible, dada la naturaleza epistémica de las cosas, lograr conocimiento de las cuestiones de hecho²⁶. 2) Esto es así puesto que el conocimiento, en su naturaleza real, requiere una certeza que no podemos lograr (como precisión, finalidad, causalidad y otras marcas de lo absoluto vedadas al ser humano). 3) Estas circunstancias no son algo con lo que no podamos vivir y desarrollarnos normalmente, ya que no conducen a unas consecuencias de atrofía o anulación para el pensamiento o la acción. La imposibilidad del conocimiento cierto y seguro no impide el normal desarrollo de la vida, sólo las afirmaciones informativas hechas con ánimo de estar completamente seguro de ellas.

²⁴ Compárense estos comentarios con O. A. JONSON, *The problem of knowledge*, La Haya, 1974, pp. 127 y ss.

²⁵ Sobre estos conceptos recomendamos la exposición que de ellos hace R. POPKIN, *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford, 2003, pp. 10 y ss.

²⁶ En este caso, estamos utilizando la terminología acuñada por Hume (*matters of fact*).

Una de las características que hemos mencionado al inicio del presente artículo que presenta el escepticismo es su cualidad para haber sobrevivido a los veinticinco siglos de historia de la filosofía, sin embargo, esto que podríamos llamar la tenacidad del escepticismo, tiene una serie de lagunas temporales más o menos intensas. Por ejemplo, la Edad Media, dogmática casi por definición, no fue el período idóneo para el desarrollo de la corriente de la duda, sin embargo, entre los filósofos, pensadores y teólogos de la época, se puede ver una vena escéptica muy mitigada que permitió que el escepticismo sobreviviera durante estos siglos para llegar, tenue pero vivo, al Renacimiento²⁷. Otro ejemplo de esta situación, más importante para nosotros ahora por su proximidad cronológica, es que la comunidad intelectual y filosófica no prestó mucha atención al escepticismo en el período que transcurre desde Hume hasta el pasado siglo XX, concretamente la corriente de la duda comenzó a recuperar atención e importancia después de la II Guerra Mundial, cuando se encontró con una serie de oponentes muy importantes²⁸. La ocasión para estas discusiones críticas sobre el escepticismo la propició G. E. Moore. Su postura de apoyo a las afirmaciones ordinarias y cotidianas de conocimiento —posicionamiento que en realidad no iba dirigido contra los escépticos sino contra los idealistas— puso a las posiciones anti-escépticas en una situación prominente en el escenario filosófico. Consiguientemente, siguiendo la dialéctica natural mediante la cual una doctrina filosófica genera su propio oponente, esta situación provocó que se despertase el interés por el escepticismo y que resurgieran sus apologetas y defensores. Está más allá de nuestras posibilidades de elucubración el tratar de resolver la cuestión de si fue una resurrección de la corriente escéptica o simplemente lo ocurrido en esta segunda mitad del siglo XX fue un episodio más de la lógica evolución histórica de la misma²⁹.

Muchos intelectuales engrosaron la lista de los defensores del escepticismo y podemos afirmar hoy, con la perspectiva que nos da el paso del tiempo, que desde entonces éste ha ocupado uno de los primeros puestos en la clasificación de los temas que han preocupado la controversia epistemológica. Esta reaparición ha supuesto que el escepticismo se haya convertido en uno de los temas de debate filosófico más importantes³⁰.

Establecido esto, podemos determinar con claridad que la postura cognitivista respecto al escepticismo debe ocuparse también de esta tenacidad de la postura de la duda. A pesar del rechazo, el olvido e incluso los intentos de

refutación a lo largo de la historia, el escepticismo se las ha arreglado una y otra vez para resurgir de sus cenizas cual ave Fénix. Probablemente nada puede explicar este hecho salvo el reconocimiento de que el escepticismo encarna un ápice de verdad —y quizá, con este escepticismo general, muchos escepticismos particulares también—. Probablemente podemos establecer, sin ánimo dogmático, evidentemente, que sobre el escepticismo hay mucho que decir, sobre todo en algunas de sus tesis y argumentos, y, además de todo esto, podemos añadir que la visión escéptica puede contribuir en gran medida a un entendimiento apropiado de la naturaleza del conocimiento, aunque la conclusión final nos lleve a pensar que éste no puede ser completo ni de gran alcance. De la misma manera que no siempre se alcanzan las conclusiones que pretendemos en un estudio o experimento, habrá que contentarse con el hecho de que el escepticismo ha alcanzado la conclusión de descubrir que la naturaleza oculta y profunda del conocimiento es inaprensible y oscura; esta salida hay que contemplarla como válida si es la solución que arroja la constante búsqueda de la validez de nuestras creencias.

Otra de las características del escepticismo es su irrefutabilidad. En cierto sentido el escepticismo es irrefutable, en el sentido en que las argumentaciones refutatorias estándares y sencillas no pueden ser desplegadas contra él. Esto se deriva de la cuestión de que las argumentaciones discursivas normales proceden de premisas y está claro que el escepticismo no puede ser refutado mediante la contra-argumentación que sigue a estas líneas estándares. Por ejemplo, en la medida en que tal argumentación pueda parecer exitosa, es posible para el escéptico simplemente rechazar las premisas en cuestión, aunque puedan parecer verosímiles. Las afirmaciones sobre hechos no pueden ser apoyadas nunca por consideraciones puramente formales: cualquier evidencia que pueda servir de apoyo adecuado y que podamos introducir para corroborar la tesis de que nuestras afirmaciones factuales están garantizadas tendría que ser, ella misma, de tipo factual. Y las cuestiones de hechos ya han sido atacadas suficientemente por los tropos escépticos. A todo esto habría que sumar que es bastante improbable que las premisas de las que procede este razonamiento supuestamente refutador fueran más plausibles que las que apoyan las afirmaciones iniciales de conocimiento. Esto quiere decir que sería bastante anómalo el tratar de justificar algo en disputa mediante algo que no deja de ser igualmente controvertido. Fue Hume el que dio con una de estas claves de la irrefutabilidad del escepticismo:

²⁷ Para hallar más información sobre esta vena escéptica medieval M. BERMÚDEZ, *La recuperación del escepticismo*, capítulo 1, pp. 23-54.

²⁸ El ejemplo más claro que surge aquí es la obra de L. WITTGENSTEIN, *Sobre la certeza*, aparecida en los años '60.

²⁹ Entre los sostenedores de que el escepticismo estaba muerto y la polémica introducida por Wittgenstein contribuyó a que se hablara de nuevo de él está N. RESCHER, en *Scepticism*, Nueva Jersey, 1980, introducción, p. 6.

³⁰ Evidentemente tenemos que citar aquí los importantísimos trabajos de Richard Popkin sobre el asunto del escepticismo. Su primera obra sobre este tema sirvió de pórtico a toda la literatura crítica posterior sobre la historia del escepticismo, véase R. POPKIN, *The history of scepticism from Erasmus to Descartes*, Assen, 1960. También cabe aquí citar el artículo de R. POPKIN, «Scepticism», en *The Encyclopedia of Philosophy*, vol. 7, (1967), pp. 449-461.

«Esta duda escéptica con respecto tanto a la razón como a los sentidos es una enfermedad que nunca puede ser curada del todo, sino que tiene que acecharnos en todo momento, por más que la ahuyentemos a veces y ocasionalmente podamos parecer libres por completo de ella. No existe sistema alguno que pueda defender ni nuestro entendimiento ni nuestros sentidos; por el contrario, aún los exponemos más al peligro cuando intentamos justificarlos de ese modo. Como la duda escéptica surge naturalmente de una reflexión profunda e intensa sobre estos asuntos, aumentará más cuanto más avancemos en nuestras reflexiones, lo mismo si confirman la duda que si se oponen a ella. Sólo la falta de atención y el descuido pueden procurarnos algún remedio. Y por esto es por lo que confío totalmente en esta despreocupación: estoy seguro de que, sea cual sea la opinión del lector en este preciso instante, dentro de una hora estará convencido de que hay un mundo externo y un mundo interno»³¹.

De esta conclusión de Hume surge una de las cuestiones inevitables del escepticismo y que puede ser considerada, realmente, como el verdadero talón de Aquiles de todo el sistema de la duda. El punto débil estaría en las consecuencias reales de la posición escéptica. Será suficiente mostrar hacia dónde nos conduce el escepticismo para ver que aquí está el problema real y radical, pues el escepticismo, a menudo, nos lleva hacia unos resultados insostenibles.

Conforme se avanza en la elaboración de estas consecuencias terribles de las que hablamos, también es posible simplemente admitir que éstas no son tan inaceptables. De hecho, puede ocurrir que tengamos que aceptarlas puesto que no hay otras consecuencias más válidas que estas, habida cuenta de la inevitable corrección filosófica del escepticismo. Los intentos de refutación del escepticismo siempre van a tener que tratar con algunos de los puntos más fuertes de esta corriente de pensamiento que, tradicionalmente, han sido la crítica al criterio que se trate de proponer y la imposibilidad, inherente al conocimiento humano, de tener un contacto directo y completo con la realidad externa existente. El viejo tropo del criterio, tan manido y utilizado, no deja de ser efectivo e irrefutable. Para dirimir cualquier cuestión gnoseológica es necesaria la presencia de un criterio rector de la misma. Sin embargo, el escepticismo pondrá en duda la validez de ese criterio pues, invariablemente, requerirá de algún otro criterio en el que tenga que apoyarse, una vez aceptado que no podemos contemplar como válida una verdad indemostrable. Así pues, dada la necesidad de todo criterio de apoyarse en otro, podemos reducir fácilmente hasta el infinito esta cuestión, alejando a su vez a todo criterio de su efectividad. En cuanto a la segunda cuestión, es muy simple descubrir

que la conclusión de Montaigne es inevitable y rotunda «no tenemos ninguna comunicación con el ser»³². Los sentidos, que son lo que aportan la información a nuestro cerebro, son unos meros transmisores de información. Se limitan a percibir determinadas alteraciones a través de impulsos electromagnéticos y transmitirlos, de manera que nuestra mente tiene que trabajar con estos impulsos y no con la realidad como tal. Si recordamos las páginas anteriores, podemos ver cómo la información vertida por los sentidos será siempre parcial, nunca completa, además de estar férreamente restringida por sus propios límites, sin añadir la limitación que supone el lenguaje y la fundamentación ontológica del conocimiento. Todo ello nos lleva a establecer que el contacto que el ser humano tiene con la realidad es precario e impreciso, eliminando, de este modo, cualquier posibilidad de poder realizar afirmaciones informativas completamente ciertas e indudables. La incertidumbre estará detrás de cada cuestión que pretendamos hacer segura. Sin embargo, en palabras de Wittgenstein «la verdadera duda no será nunca voluntaria»³³, ya que el escepticismo no encaja en la vida cotidiana ni en la ciencia contemporánea. De ahí que el escepticismo, a pesar de su irrefutable realidad gnoseológica y epistemológica, sea dejado al margen tanto por el ser humano en su vida cotidiana como por la ciencia que continúa su andadura positivista ignorando las dudas escépticas. Sin embargo, la duda filosófica siempre parece estar ahí.

BIBLIOGRAFÍA:

- BERMUDEZ, M., *Michel de Montaigne, la culminación del escepticismo en el Renacimiento*, Córdoba, 2007.
- _____, *La recuperación del escepticismo en el Renacimiento como propedéutica de la filosofía de Francisco Sánchez*, Madrid, 2006.
- BETT, R., «Nietzsche on the Skeptics and Nietzsche as Skeptic», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 82, (2000), pp. 62-86.
- BEUCHOT, M., «Escepticismo en la Edad Media: el caso de Nicolás de Autrecourt», *Revista latinoamericana de filosofía*, (1989), pp. 307-319.
- JONSON, O. A., *The problem of knowledge*, La Haya, 1974.
- BRAHAMI, F., *Le scepticisme de Montaigne*, París, 1997.
- BROCHARD, V., *Los escépticos griegos*, Buenos Aires, 1945.
- CREDARO, L., *Lo scetticismo degli accademici*, Roma, 1887.
- CURLEY, E. M., *Descartes against the skeptics*, Harvard University Press, 1978.
- DONINI, P., «Lo scetticismo academico, Aristotele e l'unità de la tradizione platónica secondo Plutarco», recogido en

³¹ D. HUME, *A Treatise of Human Nature*, edición de L. A. Selby-Bigge, Oxford, 1888, p. 218, la traducción es de la excelente edición de Félix Duque, *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, 2005.

³² M. de MONTAIGNE, *Ensayos II. Apología de Ramón Sibiuda*, Madrid, 1998, capítulo XII pp. 132-334.

³³ L. WITTEGENSTEIN, *Sobre la certeza*, Barcelona, 2003.

G. CAMBIANO, *Storiografia e dossografia nella filosofia antica*, 1986, pp. 203-226.

-FLORIDI, L., *Sextus Empiricus: the transmission and recovery of Pyrrhonism*, Oxford, 2002.

-HUME, *A Treatise of Human Nature*, edición de L. A. Selby-Bigge, Oxford, 1888.

-HUME, D., *Tratado de la naturaleza humana*, edición de Félix Duque, Madrid, 2005.

-HUME, D., *An enquiry concerning human understanding*, Harvard Classics, 1910.

-MARRADES MILLET, J., «Los límites del escepticismo. Wittgenstein y la refutación del cartesianismo», *Pensamiento*, 45, (1989) pp. 183-205.

-MCCORD ADAMS, M., *William Ockham*, Universidad de Notre Dame, 1989, vol. I.

-MICHEL DE MONTAIGNE, *Ensayos II, Apología de Ramón Sibiuda*, Madrid, 1998.

-POPKIN, R., «Scepticism», en *The Encyclopedia of Philosophy*, vol. 7, (1967), pp. 449-461.

_____, *The history of scepticism from Savonarola to Bayle*, Oxford, 2003.

-RESCHER, N., *Scepticism*, Nueva Jersey, 1980.

-ROMÁN, R., «Enesidemo: la recuperación de la tradición escéptica griega», *Anales del seminario de historia de la filosofía*, extra (1996), pp. 79-96.

_____, *El escepticismo antiguo: posibilidad de conocimiento y búsqueda de la felicidad*, Córdoba, 1994.

_____, «The scepticism of the New Academy: a weak form of Platonism», en *Philosophical Inquiry*, vol. XXV, (2003), pp. 200-205.

-SCHMITT, Ch. B., *Gianfrancesco Pico della Mirandola and his critique of Aristotle*, La Haya, 1967.

-SEXTO EMPÍRICO, *Esbozos pirrónicos*, Madrid, 1993.

-STRIKER, G., «The ten tropes of Aenesidemus», *The skeptical tradition*, Los Ángeles, 1983, pp. 95-115.

-STROUD, B., «Kant and scepticism», *The skeptical tradition*, Los Ángeles, 1983, pp. 435-450.

-VESTRE, B., *Hume and scepticism*, Oslo, 1975.

-WEINBERG, J. R., *Nicolaus of Autrecourt. A study in the 14th Century thought*, Nueva York, 1969.

-WITTGENSTEIN, L., *Sobre la certeza*, Barcelona, 2003.